

labra de consumacion pronunciada por Jesucristo es un nuevo *fiat* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimientto de la ciudad eterna, esa Cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo, y reunirá en torno de sí á todas las naciones. Si el sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas; la tumba del Mesías será el punto desde donde empiece á levantarse magestuosamente su gloria. Tal debe ser, católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta pues haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos el mas cumplido modelo de todas las virtudes: es preciso hojear un tanto la historia de su Cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.

### TERCERA PARTE.

Imaginaban los judíos haberse asegurado contra todo temor al consumir su crimen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la Cruz, caería mui pronto el influjo de este grande acontecimiento, que miraban ellos con los ojos de su vanidad como un extraño delirio. ¿Pero qué sucedió? Apenas reciben el Espiritu Santo los apóstoles, cuando comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas. Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aquí no se ve otra cosa por donde quiera sino una serie continua de prodigios. Nada puede contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus piés se aplanan las montañas y las colinas; el mar parece inmóvil: ábrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres "sin mas armas ni riquezas que la Cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangélica, á cada paso rinden con su voz á gentiles y judíos; por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años han discurrido apenas, y ya casi no hai una ciudad en que no tremole magestuosamente la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, señores, el corazon de todos los enemigos del Salvador cuando conocieron la realidad magnífica de un poder que tan gloriosamente se habia ya inaugurado: des-

1 Ps. II, vv. 1, 2, 3.

apareció la burlona sonrisa de los labios del gentil, y cayó la esperanza del pecho del judío. "Braman entónces á impulso de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridículos proyectos; se paran erguidos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. "Hagamos "caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionar- "nos, arrojemos léjos de nosotros el yugo vil que intentan imponer- "nos." <sup>1</sup> He aquí, señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba á excitar mui en breve contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaria nunca de tener crueles perseguidores: él mismo lo anunció á sus apóstoles en la noche de la cena de una manera tan precisa, que pueden reconocerse allí fielmente caracterizados todos los enemigos de su reino; pero tambien estaba dicho que éste habia de sostenerse con gloria, que habia de triunfar siempre, que habian de ser inútiles todos los embates, que la Iglesia estaba fundada sobre una roca inexpugnable y que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. <sup>2</sup> Esta perpetuidad, estos triunfos incesantes, esta accion poderosa y nunca interrumpida: hé aquí, señores, un monumento inmortal que Jesucristo ha levantado á su gloria. Ella respaldece igualmente en la inutilidad con que la Iglesia es combatida, y en las penas terribles con que sus enemigos son castigados.

¿Y quiénes son los enemigos que la persiguen? El gentilismo con la muerte, la herejía con el error, la prostitucion con los vicios, y la filosofía con todo género de armas. Mas ella triunfa: del primero, con la constancia de sus mártires; de la segunda, con la autoridad infalible de sus decisiones; de la tercera, con las virtudes de sus confesores; y de la última con todo género de victorias.

El gentilismo la persigue con la muerte. A la vista de una sociedad rápida y prodigiosamente multiplicada y extendida, sin embargo de proponer misterios incomprensibles á la razon y leyes austeras á la voluntad, la rabia se apodera del corazon de los príncipes, que desde la altura del trono arman á millares los brazos de los gentiles para extirpar de la tierra la sociedad santa que acababa de fundar Jesucristo con su muerte. Odio al Evangelio, fuego y sangre á los miembros de la Iglesia: hé aquí el primer legado que se transmiten unos á otros aquellos monstruos, que para oprobio de la humanidad rigieron en la serie de algunos siglos el destino de las naciones. Circula por su corazon el veneno hereditario, y á pesar de las diferencias innumerables que caracterizaban el reinado

1 Ps. II, vv. 1, 2, 3.—2 Math. cap. XVI, v. 18.

de cada uno, todos ellos seguían uniformes por el camino de la persecución, abierto por la mano de aquel monarca que pareció nacido para hacer estremecer á todo el género humano. ¿Quién pintará, señores, el horrible cuadro de aquella inicua persecución que sufrió por tan largo curso de tiempo la innumerable familia que había reunido á su rededor la Cruz de Jesucristo? Perseguidos como bestias feroces, los suplicios ordinarios parecían en extremo suaves para unos hombres universalmente vistos como los enemigos de los dioses y de la patria. "Se nos decapita, decía el mártir San Justino, se nos clava en cruces, se nos expone á las fieras, se nos atormenta con las cadenas, con el fuego, con todos los suplicios mas crueles."<sup>1</sup> "La hásta, añade San Cipriano, la cuchilla, el verdugo, todo está dispuesto: el garfio arrancando la carne, el potro levantado, la hoguera encendida, y para el cuerpo de un solo hombre se apresta mayor número de suplicios que el de los miembros de que consta."<sup>2</sup> El hijo se revuelve moribundo en la sangre de su padre, la hacha del verdugo no perdona ni al sexo débil ni á la edad temprana. Ni los instintos de la naturaleza, ni los clamores de la humanidad, ni las conexiones mas dulces de la vida, son parte á detener el ímpetu furioso de esta horrible persecución. Multiplicanse los cadalsos con los edictos de los césares: cada emperador pretende señalar su advenimiento al trono con los excesos inauditos de nuevas crueldades: desde Neron hasta Dioclesiano se mantiene fresca la sangre que inunda las calles y las plazas públicas; "por siglos es necesario contar los padecimientos de la Iglesia, y durante el curso de trescientos años no podemos seguirla sino por las huellas sangrientas de sus mártires."<sup>3</sup>

¿Mas cuáles fuéron, decidme, los resultados de tan larga y sostenida persecución? ¿No habian imaginado sus autores nulificar el Evangelio y hacer pedazos el yugo de Jesucristo? ¿No llevaron su frenesí hasta el extremo de afirmar que quedaba extinguido el nombre de los cristianos desde el Oriente hasta el Occidente, y abolida en todos los pueblos la religion de Jesucristo? ¿Insensatos! Desde lo alto de su trono "el que reina en los cielos se reía de estos sangrientos desvarios, se burlaba de sus empresas locas y de sus nombres vanos."<sup>4</sup>

Para confundir y anonadar el poder de los perseguidores no necesitaba por cierto de ocupar con legiones armadas el vasto campo que abarcaba su imperio: quiso triunfar de lo mas fuerte con lo mas

<sup>1</sup> Dial. cum Triph.—<sup>2</sup> Ad. Donat. pág. 21, ed. de Paris. (1833.)

<sup>3</sup> Bullet. Estab. del Crist. pág. 62.—<sup>4</sup> Guill. Bibl. t. 1.º Persec.—<sup>5</sup> Ps. II, 4

débil, y para llevar á cabo esta empresa divina le bastó prodigar al corazon de las víctimas aquella fortaleza espiritual que no teme la muerte. ¡Qué espectáculo el de un mártir al tiempo de espirar! Camina á la muerte sin la presuncion del orgullo, sin el terror de la debilidad: la virtud le precede, la gloria le sigue: sube al patíbulo con ademan tranquilo y con una especie de serenidad que no pertenece á la tierra; no insulta á su verdugo; alaba á Jesucristo: ve llegar la muerte, y la saluda con el himno de la victoria: no es un hombre que espira; es un navegante que ha sufrido todos los embates de los vientos, ve descollar las cumbres queridas de la patria y toca por fin en el puerto suspirado. La serenidad de su rostro es una visible prueba de la inmortalidad de su alma; la constancia con que resiste es la imagen mas viva de su fe; el deseo que tiene de morir es un trofeo sublime de la caridad. A la vista de un ejemplo tan heróico, de una magnanimidad hasta entónces desconocida, de este predominio sobre la tribulacion y la muerte, el mundo todo se convence de que los destinos de este nuevo pueblo no penderán jamas de la voluntad poderosa de los reyes. Llegando á este punto, hermanos míos, una perspectiva enteramente nueva arrebató las miradas de mi alma. Veo triunfar la causa de Jesucristo: veo que las victorias suceden á las victorias, que la misma tiranía sirve á los designios del Señor, que los límites del nuevo reino se van retirando á medida que se irrita y enfurece el genio de la crueldad. Cada víctima da nuevos atletas, "la sangre de los mártires es una semilla de justos,"<sup>1</sup> y su constancia en padecer rinde por fin el brazo de los tiranos. Sonó pues la hora que habia de poner dique á este torrente de sangre; la Iglesia domina ya en todos los pueblos, es poseedora única de todos los homenajes; por donde quiera escucha las santas aclamaciones de su victoria; goza de una paz que espontaneamente le otorgan la convicción y la gratitud; levanta su frente augusta delante del Universo; "apoya uno de sus brazos en la Cruz del Salvador, y descansa con el otro sobre el cetro tutelar de Constantino."<sup>2</sup>

Pero qué, ¿nuevas nubes no vendrán á eclipsar estos dias de santo regocijo? Católicos, los enemigos de Jesucristo, siempre tenaces, no descansarán jamas: á los embates de la crueldad inutilizados seguirán los golpes ménos sangrientos pero mas terribles del error y de la seducción. A la sombra de un reinado pacífico nace y maquina incesantemente el genio de la herejía, dirige sus miradas atrevidas hácia todos los muros de la Iglesia, para minar paulatina

<sup>1</sup> Tertul.—<sup>2</sup> Maury. Paneg. de S. Ag.

mente sus cimientos; acecha á los incautos, tendiéndoles una mano amiga; reúne de todas partes prosélitos, y no pasa mucho tiempo sin que clame contra los dogmas y amenace á la creencia universal. Manés ataca la Unidad de Dios; Arrio la Divinidad de Jesucristo; Macedonio la del Espíritu Santo, Pelagio la gracia, Nestorio y Eutiquio la Encarnación augusta y la Maternidad divina. ¿Cómo enumerar, señores, aquella multitud prodigiosa de prosélitos que reunieron bien pronto estos caudillos para repartirlos al punto por todo el territorio cristiano? ¿Cómo pintar la efervescencia que agitaba por todas partes á los hombres? ¿Cómo bosquejar aquí el cuadro lastimoso de aquellos cismas que hicieron derramar tantas lágrimas á la Esposa de Jesucristo? Escriben, hablan, obran con increíble actividad los falsos profetas y los mentidos sabios: corren de todas y por todas partes nuevas y contradictorias doctrinas: los fieles huyen amedrentados: la Iglesia tiembla por la suerte de sus hijos, y volviendo atrás una mirada parece lamentarse de que ya no exista la sangrienta persecución, y “echar ménos con sentimiento “amargo la hacha de sus antiguos verdugos.”<sup>1</sup>

¿Cuál será la suerte de esta Esposa querida? No temáis: la Cruz de Jesucristo triunfa con la misma soberanía en el patíbulo de los mártires y en el campo de la controversia. Reúnense los pastores á la voz de la Iglesia, y del centro de aquellas augustas asambleas se lanza el rayo divino que postra y anonada la turba de herejes. ¿Quién puede recordar sin entusiasmo los nombres venerables y gloriosos de Nicéa, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Letran y Trento? Estos nombres están unidos á las memorias de aquellos Concejos augustos de la cristiandad, reunidos á la voz del Pontífice Supremo con el doble fin de ilustrar al creyente con la antorcha de la fe y herir al herejarca con el anatema de la autoridad infalible. ¿Qué recuerdos excitan en vuestras almas, católicos, las costas desiertas de la Africa? ¡Ah! Se animarán constantemente á nuestra vista aquellos sitios tan fecundos en recuerdos, “donde las asambleas de los obispos eran tan numerosas como los conejos generales, y donde el monstruo de la herejía cayó reducido á polvo á los piés de Agustín.”<sup>2</sup>

De este modo, católicos, veo resplandecer en la Iglesia del Señor aquella sabiduría que subyuga á la inteligencia y domina sin cesar en medio de todos los ataques que dirige contra ella el espíritu de error. Si este se agita con un movimiento que parece perdurable, la Iglesia resiste con inflexible constancia; si la herejía combate,

1 Maury. Paneg. de S. Aug.—2 Fenelon. Sermon. de la Epif.

la Iglesia triunfa; si el infierno vomita sus monstruos, la Iglesia cria sus atletas; si las sectas murmuran, los concilios truenan; si el cisma se insinúa, el Vicario de Jesucristo se mantiene firme en la silla de Pedro: finalmente, si los caudillos de tantas doctrinas perversas hacen cundir por todas partes los errores, las herejías y el pestilente soplo de los vicios; la Iglesia se reviste de una magestad imponente, juzga sin apelación, habla, y su victoria se anuncia con el rendido acatamiento de todo el orbe católico.

¿Y qué consiguió, decidme, qué consiguió la inmoralidad con todas las redes que tendía á la inocencia? Servir, señores, de una sombra que hizo resplandecer mas y mas la imagen celestial de la virtud. Huyen los justos á los sitios mas ignorados, crece incesantemente el culto santo de la castidad, la perfección evangélica multiplica sin cesar los mas ilustres ejemplos, las vírgenes y los confesores brillan por todas partes, los desiertos se transforman en deliciosos jardines. No hai un rincón de la tierra donde no habiten aquellos ángeles de paz: desde las córtes hasta las aldeas se difunde el fuego de la caridad, y donde quiera se exhala el perfume de las virtudes. El alma se siente conmovida cuando registra la historia, sube al origen de las instituciones monásticas, y descubre allí tantos y tan diversos caracteres de santidad; cuando mira al hombre tan superior á la naturaleza humana; cuando le ve inmolar en las aras de la religion todos los placeres de la carne y de la sangre, todos los prestigios del poder, toda la magnificencia y esplendor de la prosperidad, las voces halagüeñas de la fama, las ilusiones risueñas de la vida, todas las promesas, todas las esperanzas, todos los encantos y atractivos seductores del mundo.

¿Quién hubiera podido imaginar, hermanos míos, que despues de tantos combates inútiles, despues de tantos y tan bellos triunfos, como habia obtenido la Cruz de Jesucristo sobre los perseguidores crueles y los herejarcas corrompidos que trabajaban infatigables por estirpar la Iglesia, habian de abrirse otra vez las puertas del abismo para vomitar nuevos monstruos y suscitar nuevas y mas empeñadas persecuciones? Pero ¡ay! no está lejos de nosotros ese siglo fatal, en que vinieron á reunirse el odio de todos los siglos, los errores de todas las épocas, la corrupcion de todos los tiempos, ese siglo ateo, que dejó mui atrás en impiedad y prostitucion aun á las épocas mas infames del paganismo. La filosofía, señores, en esa época fatal se erige en árbitra suprema, se arma con la pluma y la espada, y despliega una prodigiosa energía para destruir á un golpe todas las creencias y todas las instituciones. El corazón rompe al entendimiento, y á un tiempo son atacados los dogmas

de la fe, las máximas de la moral y los principios de la política. Ya no se trata de combatir un dogma particular; es preciso borrar todas las creencias, arruinar todos los templos, sumergir en el caos todas las verdades, borrar hasta las últimas memorias del culto y sus ministros. Desde la existencia de Dios y la inmortalidad del alma hasta las mas lejanas consecuencias de la moral evangélica, todo se contradice con audacia, todo se ataca y persigue con furor. Deslúmbrese al pueblo con máximas seductoras de política, para descargar un golpe seguro sobre las antiguas instituciones: se le dice al hombre que es material, para que vea sin espanto al ídolo de la Razon usurpar el tabernáculo del Dios vivo. La incredulidad no consiente ni aun las mas lejanas memorias: bórrase la era de Jesucristo, sustituyen las fiestas revolucionarias á las solemnidades religiosas, los nombres de los brutos y de las plantas á los nombres de los santos; y ya desde entónces, las Iglesias que no fuéron demolidas, quedaron para servir de teatro á las mas inicuas profanaciones.

¿Qué crimen, señores, no tuvo entónces sus héroes! ¿qué sitio no fué testigo de los mas terribles atentados? Levántase el patíbulo del Monarca, y de él brota el manantial de sangre que habia de inundar la patria de San Luis: mírase la Iglesia despojada de su patrimonio, y mui pronto perecen á millares sus ministros. ¡Triste cuadro, católicos! “¡el orden social desquiciado, la rebelion abriendo brecha á la anarquía, la anarquía, mil veces peor que el despotismo, sedienta siempre de sangre, buscando sin tregua nuevas víctimas que devorar; los establecimientos mas útiles, obras preciosas de siglos de experiencia, destruidos en un solo instante de delirio; los monumentos mas gloriosos desmoronados por donde quiera; las piedras de los sepuleros despedazadas, y arrojadas al viento las cenizas de los muertos; la probidad, el honor, con las virtudes y los talentos, con el nacimiento y la fortuna, indeleblemente escritos en el gran registro de las públicas proscriciones; la Francia, en fin, trasformada repentinamente en un vasto cadalso, donde la sangre no deja de correr!”<sup>1</sup>

Entre tanto, señores, la Iglesia de Jesucristo aparece con igual esplendor. Nuevos mártires la glorifican, nuevos defensores se levantan y hacen avergonzar á la filosofía, la religion cristiana vuelve á reunir á su rededor cuanto hai de mas ilustre y mas grande; el genio se humilla en su presencia; la poesía le pide sus tesoros, y las mismas ciencias le ofrecen las mas humildes homenajes. ¿Dón-

<sup>1</sup> Mac-carthy.

de están los troféos á que aspiraba la soberbia incredulidad? ¿dónde los monumentos erigidos por la admiracion á sus triunfos? ¿dónde los orgullosos genios que se atrevieron contra la sabiduría de la Iglesia? ¿dónde los escrutadores curiosos de la ciencia mundana? ¿dónde aquellos insensatos que habian imaginado triunfar de la palabra eterna y arrancar del corazon las esperanzas del cielo? *Ubi sapiens? ubi scriba?*<sup>1</sup> “Yo confundiré la sabiduría del sabio, yo reprobare la prudencia del prudente,<sup>2</sup> ha dicho el Señor, y esta palabra es infalible.

Pero no basta, señores, ver inutilizados los esfuerzos del gentilismo, de la herejía, de la inmoralidad y de la filosofía: es preciso volver atrás la vista, preguntar á la historia cuál ha sido la suerte de los hombres y de los pueblos que se han revelado contra la Cruz, y ver cómo la gloria de Jesucristo resplandece igualmente en las penas terribles con que son castigados los enemigos de su Iglesia. En vano busca la filosofía causas desconocidas para explicar el secreto de tantas revoluciones: una mano invisible dirige siempre el curso de los acontecimientos humanos, y parece que no hai entre ellos uno solo que no entre á la parte con Dios en los destinos de su Iglesia. Abrid, señores, las páginas de la historia: ¿qué reflexiones hacéis, al descubrir allí el triste destino de tantos reyes y de tantos pueblos?

¿Quién ignora el trágico fin de los Nerones, Domicianos, Decios, Julianos y tantos otros? El alma se estremece al ver la rabia con que espira un Galerio-Maximiliano, inventor de tantos tormentos. Vedle, señores, devorado por los gusanos que salen de sus entrañas. Ved á ese Maximiano-Daya, todavía mas atroz, que no teniendo ya contra quien convertir su rabia, entra en un delirio espantoso producido por el veneno que toma él mismo para acelerar su muerte: ved cómo, rabioso por un fuego que le devora, exhala por fin su alma feroz entre alaridos de ira y desesperacion.<sup>3</sup> Cuando veo, católicos, á estos que disponian del mundo, abandonados á sí mismos, consumidos por el puñal del remordimiento, presa de los dolores mas crueles, arrastrarse á morir como reptiles miserables, desprovistos hasta del último recurso humano; cuando los veo espirar, maldiciendo su destino, entre los clamores de una desesperacion inútil, abandonados de Dios y de los hombres; cuando los veo, por fin, bajar al sepulcro sin que caiga una lágrima siquiera sobre sus infames restos, mi alma se estremece y confunde, adora en estos accidentes desastrosos el poder de la justicia eterna, y reconoce aquella “vara de hierro,” que el Padre puso en las manos de Jesu-

<sup>1</sup> I Corint. cap. I, v. 20.—<sup>2</sup> Ibid. 19.—<sup>3</sup> Mac-carthy.

cristo, para que rigiese á los monarcas rebeldes, y “desbaratase como un vaso de tierra”<sup>1</sup> á los perseguidores de su Iglesia.

¿Y qué diré de los pueblos que no quisieron reconocer á Jesucristo, y de aquellos que despues de haber recibido su Evangelio, tuvieron la desgracia de abandonarle? Millares de judíos quedan sepultados bajo las ruinas de Jerusalem, y los muros del antiguo pueblo desaparecen bajo los brazos fuertes de Tito y Vespasiano. Acabó desde entónces la nacion judía, y para oprobio de su deicidio, vagan errantes aún sus miserables restos al cabo de diez y ocho siglos, sin patria, sin hogar, universalmente despreciados: no parece sino que la ira del cielo está destilando gota á gota, con el fin de prolongar por toda la duracion del mundo los tormentos de este pueblo degenerado.

De las regiones salvages é inaccesibles del Norte brota una multitud inmensa que invade el Capitolio y hace caer el imperio de la ciudad eterna. No son casuales estos acontecimientos. Así será tratada, dice San Juan, “la ciudad que reina sobre los reyes de la tierra,”<sup>2</sup> la ciudad levantada sobre “siete colinas,”<sup>3</sup> porque es la madre de las abominaciones, y está “embriagada con la sangre de los santos y los mártires de Jesus.”<sup>4</sup>

Despues de haber presenciado la destruccion de la antigua Roma, volved los ojos, hermanos míos, á esa muchedumbre de pueblos que, despues de haber militado gloriosamente bajo la enseña del Calvario, volvieron sus espaldas á la Cruz. Visitad con la imaginacion esas comarcas numerosas de la Asia, que fuéron otro tiempo los bellos timbres de la Iglesia y el ornamento de la religion. ¡Efeso, Antioquía, Cesaréa, Nicomedia: en vuestro seno vinieron á reunirse en una época todas las acciones inmortales de la virtud y todas las producciones magníficas de la sabiduría: al fecundo calor del Evangelio florecieron entre vosotras, no solamente las costumbres mas puras, sino tambien los talentos mas ilustres, las ciencias y las artes! ¡Dónde están ahora aquellos dechados perfectos de virtud, tantos caracteres de santidad, tantas obras insignes que presentabais á la admiracion del Universo? ¡Qué hicisteis de la inmensa gloria que os legaron con su nombre los Basilio, los Gregorios y los Crisóstomos!... Mas apartad, católicos, vuestra vista de la Asia, fijadla por un instante en la extremidad de la Europa; visitad esos nuevos pueblos. ¡Dónde está la ciudad de Constantino? ¡No es esta la magnífica, la culta, la sábia ciudad, que mereció en otro siglo los gloriosos renombres de nueva Roma y de segunda

1 Ps. II, 9.— 2 Ap. XVII, 18.— 3 Ib. v. 9.— 4 Ib. v. 6. cit. por Fenelon.

Aténas? Dejad la Europa, penetrad en la Africa, recorred esos otros pueblos que fuéron la cuna de los Atanasios, Cirilos y Tertulianos, donde la sábia Grecia, animada otra vez con un soplo de vida que le comunicó el Evangelio, revivió toda y santamente depurada del contagio del paganismo en la célebre escuela de Alejandría, y donde los Ciprianos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona. ¡Qué fué, vuelvo á preguntar, qué fué de estas ciudades famosas, de su opulencia y de su gloria? Yo no veo, señores, sino campos desiertos, envueltos en las tinieblas de la ignorancia, presa de las supersticiones mas viles, sin libertad y casi sin patria, encorvados bajo el yugo de un despotismo feroz, espantosamente undidos en el inmundo fango de los errores y de los crímenes. Estaba, ¡oh Dios! en los derechos de vuestra justicia eterna que sucediese así: era preciso que la apostasía de los pueblos experimentase los efectos de vuestro furor, y que pudiera decirse á cada una de esas naciones infieles lo que á Israel prevaricador decia uno de vuestros profetas: “Sabe y confiesa que es mui terrible y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios.”

Mas no concluyamos, hermanos míos, esta revista fúnebre de penas y castigos, sin volver todavía una última mirada sobre esa misma Francia, donde hemos presenciado no ha mucho el cuadro mas completo de todos los errores, de todas las crueldades, de todos los crímenes y abominaciones que pueden caber en la naturaleza corrompida. No me detendré á manifestaros la muerte horrible del filosofo de Ginebra y del patriarca de Fernéy, estos corifeos de la incredulidad y precusores de la desolacion y exterminio que sufrió el reino cristianísimo de Clodovéo y Carlo-Magno; no llamaré vuestra atencion hácia aquellos sacerdotes intrusos, heridos por el rayo del cielo en el instante mismo en que se aprestaban á la posesion de los honores del santuario; correré un velo sobre Marat y Robespierre: porque en esa multitud inmensa de criminales víctimas, es empresa difícil para el orador pasar individualmente la vista por el suplicio de cada una. Es necesario ver de un golpe todo el terrible conjunto, ver á estos malvados luchando inútilmente con su propio destino, perseguir en vano al cielo y á la tierra, y espirar casi á un tiempo mismo entre las maldiciones de Dios y las execraciones del hombre: es necesario verlos sumergidos bajo las ruinas de sus propias instituciones, de esas instituciones pasajeras, levantadas sobre una arena movediza, y desmoronadas entre las manos de sus propios autores. ¡Gran Dios! ¡qué implacable y terrible fué vuestra cólera para con los autores de esta conflagracion impía, verdugos sacrílegos que se bañaron en la sangre de vuestros sacerdotes,

que profanaron y destruyeron vuestro tabernáculo augusto con el designio frenético de abolir la memoria de vuestro Cristo! . . . ¿Qué fué de los autores de esta famosa revolucion? Siglo ateo, ¿dónde están tus sabios y tus fuertes? ¿dónde los trofeos de tus victorias y los despojos de tus conquistas? ¡Dichosos ellos, hermanos míos, si semejantes á los soberbios de Babilonia, solo hubieran tenido que sufrir el humillante castigo de la confusion de las lenguas! Pero vedlos cómo espiran entre la oscuridad y la ignominia, cómo se despedazan y devoran mutuamente, y cómo representan casi todos en esta escena de sangre el doble papel de verdugos y de víctimas.

¡Oh pueblos, atended! esta leccion ha sido dictada para vosotros. Temed á la vista de estos estragos, temblad: la atmósfera que circunda al Universo no acaba de purificarse aún de este contagio maligno que afligió tanto á la religion de Jesucristo, y arrebató tantos hijos á la patria de Godofredo. Y vosotros, grandes de la tierra, aprended aquí lo que cuesta el abuso del poder: sabed que le tenéis prestado, y que para confundir y arruinar totalmente al insensato que se arma contra el cielo, no se necesita de otro impulso que el que bastó para sacar al mundo de la nada. Abrid los ojos y convertid á vuestro propio bien las lecciones que suministran estas catástrofes sangrientas: no sea que perezcaís entre los clamores desesperados de un tardío arrepentimiento, cuando el Hombre-Dios haya pronunciado el *hasta aquí* de su paciencia y hecho tronar sobre vuestras cabezas el tremendo rayo de su ira. *Nequando irascatur Dominus, et peccatis de via justa.*<sup>1</sup>

¡Qué grande y sublime se presenta, señores, á mi alma ese madero augusto, cuando le veo reunir á su rededor la sabiduría, la virtud, el poder, cuanto hai de mas admirable en los cielos y en la tierra! ¿Quién temerá por el reino que él preside, cuando repasa la serie infinita de sus victorias, y mira disiparse inevitablemente las negras tempestades que hace brotar el abismo? Ved, católicos, al nuevo reino presentando el modelo de todas las sociedades: ved esta sociedad en que la libertad evangélica, dulcemente abrazada con la fe, anuncia desde la Cruz de Jesucristo aquel "imperio sin fin," que no estaba prometido por cierto á los descendientes de César. ¿Qué política es ésta, señores, que tan maravillosamente combina los derechos y la autoridad, los intereses del súbdito con el poder del magistrado? ¿Qué Estado es éste, donde no se ha interrumpido jamas la sucesion de los soberanos, sin embargo de no contar con otra dinastía que les vínculos de la fe? Colocado en medio de todos

<sup>1</sup> Ps. II, v. 12.

los reyes, el Vicario de Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes de la política, sin que vacile un instante su trono. ¿Quién contará, señores, todos los caracteres diversos que han venido presentando en la serie de los siglos la política, la legislación, los principios del orden, el genio de los pueblos y la suerte de los gobiernos en las instituciones humanas?

¡Oh Iglesia de Jesucristo, sociedad única y verdadera, imperio por excelencia! Tú descubres en esa silla invulnerable, en esa luz indeficiente, en ese principio eterno, independiente de todas las vicisitudes humanas, en esa unidad exclusivamente tuya, en esa universalidad tanto mas duradera cuanto mas espontánea, que no perteneces al mundo, que eres la Esposa de Jesucristo, que no prevalecerán contra tí las puertas del infierno. Verás levantarse y abatirse todos los tronos, grandes y decadentes todas las sociedades, resplandecientes y oscurecidas todas las glorias, mientras que tú, superior al tiempo y á la muerte, aparecerás inmune, como el arca misteriosa, entre las ruinas de cuanto existe; y como te vió el hombre, constante y fuerte en tu nacimiento, te verá tambien triunfante y gloriosa, "á la luz moribunda del Universo abrasado."<sup>1</sup>

No me sorprende ya, católicos, ver á Jesucristo anunciando tan anticipadamente las glorias de su Cruz, levantarse para ir á Jerusalen, diciendo que ha llegado la época en que va á ser glorificado el Hijo del Hombre. Ahora comprendo aquella gloria que vió el evangelista San Juan, aquella gloria suprema y única del Unigénito del Padre, esa verdad infalible que hizo caer el cetro del pensamiento de las manos del filósofo gentil, esa trasformacion que en el Universo producen las innumerables virtudes que corren con la sangre del Mesías, este reino invencible que nace de la Cruz: ahora comprendo esa plenitud de gracia y de verdad, que abre las puertas del cielo al Universo condenado, limpia y regenera la naturaleza humana, marchita y muerta por la primera culpa. Mi alma queda absorta en la contemplacion de tanta grandeza, dulcemente agobiada bajo el peso de tanta magestad y de tanta gloria: el nombre augusto de cristiano eleva mi corazón, y un enagenamiento sublime se apodera de mí, cuando veo la Cruz de Jesucristo en los brazos de los mártires, en el candor de las vírgenes, en la mano del apóstol, en los libros del sabio, en los dedos del niño, en el pecho del rústico y en la frente del monarca.

Desde esa colina donde le coloca la ingratitud de un pueblo rebelde, desde ese patíbulo que ha trasformado en un monumento de

<sup>1</sup> Boulogne. Sermon sobre el juicio.

gloria, pasea sus miradas por todo el Universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoracion, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres, las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallaje de todas las generaciones. A su presencia huyen medrosas las tinieblas que habian cobijado la tierra, disipadas por el esplendor divino que sale de su Cruz; bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría, y descuellan los inexpugnables muros del nuevo templo: la figura cede el campo á la realidad, y sobre el antiguo pavimento de la sinagoga se levanta el Tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

Esa Cruz es el trono del mundo; esa corona de espinas es la única diadema; esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna Magestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. ¡Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano! ¡Cielos, inclináoos á su presencia! ¡Postráoos delante de él vosotros todos los que ocupáis la tierra! ¡Estremecéos al escuchar su nombre, potestades vencidas que habitáis en las eternas llamas! “Que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos.”

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre-Dios, á vos pertenecen todos los homenajes: Dueño sois de todos los beneficios que el Universo disfruta; de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva: vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. ¡Bendicion, claridad, accion de gracias á Vos, honra y culto sin fin á Vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres! Que á vuestro nombre, pues, se postre el Universo; que todos los pueblos os escuchen como al Autor supremo de la verdad; que todos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud; que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de Vuestra Magestad; y que nosotros, ¡oh Jesus! permanezcamos firmes en la profesion de nuestra fe, que no aspiremos nunca sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra Cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalem la corona de inmortalidad que habéis prometido á la constancia heroica de los justos.

## SERMON

SOBRE

# LA PASION DEL SEÑOR

CONSIDERADA

COMO UN MISTERIO.

*Nos autem predicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.*

Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles.

I Cor. Cap. I, v. 23.

Si la historia de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, hermanos míos, en clase de tal, tiene cuanta claridad pudiera apeteerse, pues los hechos que en ella se relatan son de aquellos que hablan altamente á los sentidos; el pensamiento simple á que se refiere toda, reducido á esta expresion: “Dios padeció y murió,” es una cosa tan alta, tan superior á la razon humana, que desde el principio mismo de predicarse á los pueblos produjo una inmensa revolucion en la tierra. El mundo, demasiado torpe y carnal para elevarse desde luego hasta la altura de un designio tan sublime, mostró de mil maneras su incredulidad, su indiferencia y aun su encono hácia este dogma sagrado, que habia de ser el fundamento solidísimo de la religion católica, y la fuente única de la gracia. Hallábase compuesto, como sabéis, cuando Jesucristo apareció en él y desempeñó hasta consumarla su mision divina, de dos clases mui diversas relativamente al culto divino, conviene á saber: la de los gentiles y la del pueblo judío. Este, como depositario de las promesas, de las profecías y de las tradiciones verdaderas, cus-